

La estrategia del gobierno mexicano con respecto a Chiapas consiste no en construir condiciones de paz y diálogo, sino en retomar la iniciativa de un proceso que lleve a la derrota o sometimiento de los insurrectos, entendiendo por ellos al EZLN y a todas las comunidades, zapatistas o no, indígenas o no, que no son incondicionales de su proyecto. Es una lucha contra la dignidad y la autodeterminación. Es una lucha contra la participación ciudadana. Por eso no tiene perspectivas.

Empeñado en mantener las estructuras regionales de poder que durante años han despojado, maltratado y humillado a las poblaciones indias, opta por exacerbar las condiciones de inhumanidad e incivildad que originaron el levantamiento, rechazando su oportunidad de transitar civilizadamente hacia el tercer milenio.

Una nueva era histórica ha iniciado su camino entre los indígenas chiapanecos pero teje su entramado en todos los rincones del mundo. Muchas viejas estructuras estallarán a su paso, muy fuertes serán los bastiones materiales y conceptuales que defiendan la vieja concepción del mundo; sin embargo, la imaginación y la utopía que se derramaron en Chiapas ya se esparcen por selvas y montañas, por bosques y ciudades y carcomen los muros que aprisionan la vida y la libertad.

Las mujeres indígenas que enfrentan con sus manos, su entereza de espíritu y su calidad moral a los ejércitos del poder; los representantes de 1 111 comunidades de la esperanza que encapuchados vinieron a mostrar que el diálogo se compone de murmullos, que las redes tienen muchos hilos; los hacedores de futuro que resisten y crean cotidianamente nuevos horizontes ya forman parte de la historia universal pero de una historia viva, que se escribe todos los días con múltiples y variadas voces.

El gobierno mexicano no ha entendido que la dignidad y la esperanza son contagiosas y son imposibles de contener. No quiere entender que esta guerra ya fue ganada mil veces por los constructores de esa nueva era histórica que fueron masacrados en Acteal, que son violentados reiteradamente en sus municipios autónomos, que son secuestrados colectivamente en sus comunidades. Los diálogos de San Andrés fueron sólo el inicio de un gran diálogo universal en el que los más pequeños se engrandecen y adoptan su verdadera dimensión, frente a un gobierno que se revela cada vez más incapaz de resolver sus propias contradicciones.

Para citar la versión impresa de este documento:

Presentación, *Chiapas*, núm. 6, México: IIEc, UNAM-Ediciones ERA, 1998, pp. 5-6. ISBN: 968-411-421-4.